Africa, mañana en Rusia, pasado en Italia, luego en México, vaya usted á indagar la clase de pájaros que sean.

—Usted se empeña en llevar siempre la contraria, amigo mio.

—En nada altera la cuestion mi dicho, señora, la soldadesca nunca ha entrado en mi programa.

—Pues hay condes, marqueses y príncipes en el ejército frances.

—Me dan muy mala idea esos señores, que abandonan las comodidades de su familia para entrar de soldados *rasos* en el ejército.

—Pues los hay.

—Ya lo creo, y le esplicaré á usted el misterio; todos los que se arruinan en el juego y la disipacion, se cargan de deudas, hacen algunas fechorías, se refugian en los cuarteles como un número perdido en la lotería de la sociedad.

—Dios mio! que mala idea tiene usted de esos señores.

—Todo es broma, hablemos de otra cosa.

—Jóven, usted tiene talento, si esos señores no estuvieran ligados á nuestra causa, y su sangre no nos sirviera á nuestres planes, seria yo de la opinion de usted; pero las circunstancias me obligan á opinar de una manera diametralmente opuesta.

—Considerados como *contingente de sangre*, no es malo que una nacion salga en los campos de batalla de los descarriados, al ménos tienen la oportunidad de hacerse matar con honra.

—Luego usted no daria su hija á ningun frances?

—Si la tuviese, decididamente no, señora; en esto no vea usted una cuestion de patriotismo, sino de delicadeza y de interes particular.

—Con razon yo me he opuesto á que mi hija se dejé galantear de un frances.

—Es que la señorita Luz es de mi opinion, y ella se cuida demasiado de esos que yo llamaria aventureros.

—Jóven, usted se compromete.

—Repito que hay personas muy distinguidas.

—Señora, si usted quiere desengañarse, asista usted á un hotel y comprenderá qué diferente conducta observan esos oficiales de la que se estila en nuestra buena sociedad.

—¿Pues qué hacen, caballero?

—Un convite de antropófagos presenta un carácter ménos repugnante, se lanzan con furor sobre los platos, gritan como unos marineros, aporrean los cubiertos, servilletas y vajilla, *regatean* el vino, fuman horriblemente

y convierten la mesa en un verdadero motin; lo que no obsta para que en una tertulia se presenten haciendo mil caravanas y contorsiones.

—Eso es mucho, Enrique!

—No trate usted á un frances cuando la cuestion verse sobre un céntimo, porque son capaces de disputar un año sin descansar y hasta de batirse.

—Ya, ya lo sabemos prácticamente, estuve á punto de ser azotado por una caja de fósforos.

—Sin ir muy léjos, un ministro plenipotenciario, todo un vizconde de Gabriac, sembraba en su casa de la legacion, rábanos y cebollas que expendia, no sé si en nombre de la Francia y por órden de Napoleon III.

—Es un hecho, amigo mio, la mordacidad de usted encuentra siempre en quien cebarse, con datos tan positivos que no se le puede recusar.

—Decia usted que el señor Demuriez se casaba?

—Sí, luego que regrese de la expedicion de Sonora; hay muchachas felices, Enrique.

—Sí, mucho, ya ve usted, casarse con un frances.

—Olvidaba que es usted enemigo á muerte de ellos.

—Esas casualidades felices, solo tienen lugar cuando el dote es una cosa regularcilla; Clara tiene medio millon de duros, ya ve usted que ese señor Demuriez la favorece demasiado.

—Que culpa tiene un hombre de que su esposa tenga dinero; tanto mejor!

—Y tanto, que por esa razon se casan *tantos*.

—Periódico de oposicion, dijo doña Canuta.

—Soy franco, asisto á todas las funciones, pero aborrezco cordialmente á todos ellos.

—Ya sabrá usted que S. M. I. ha salido de Trieste, está en Paris arreglando con el emperador el negocio del empréstito: cincuenta millones!

—El arreglo será que se dividan la capa del justo, como buenos hermanos, y México pague al fin de fiesta.

—Se equivoca usted, esa suma es para el ferro-carril de Veracruz y para preparar una habitacion decente á SS. MM.

—Que mal gusto hay en esos preparativos, ayer he visto forrar de moaré blanco la cámara de Carlota y ponerle un tocador de plata que da grima. La emperatriz lo mandará fundir para reducir á monedas el regalo de sus súbditos los plateros.

—Enrique, no me toque usted á S. M. porque reñimos.

—No tema usted, soy demasiado galante para hablar de la archiduquesa; basta que pertenezca al bello sexo para que yo le tribute mis homenajes.

—Amigo, es usted terrible, el dia menos pensado va usted á tener á Cayena ó á la Martinica.

—No importa.

—Y sabe usted algo del conflicto entre la regencia y los franceses?

—Estos tienen por la primera vez razon, la regencia tiende de una manera horrible al despotismo reaccionario, trata de resucitar los fueros y derogar las leyes de *nacionalizacion*, y esto es imposible.

—¿Será usted por ventura adjudicatario?

—Precisamente, señor de Fajardo, y eso me hace comprender, que no es fácil la realizacion de las pretensiones de la regencia. Usted ha hecho tambien sus negocillos y quien podrá desbaratarlos?

—No; pero la ley debe darse para moralidad de la revolucion, lo demas seria falsearla inícuamente.

—Usted sueña, señor de Fajardo, la reaccion no ha triunfado, ni ustedes pueden darse aires de vencedores.

—Jóven, yo sé mucho de diplomacia y....

—Todavia no sabe usted lo que pasa ó aparenta al ménos no comprenderlo.

—¿Pues qué pasa, amigo mio?

—Es muy sencillo, las combinaciones de la Europa llevadas en las bayonetas, son las que se enseñorean en el campo político, ustedes son el pretesto, sirven á sus miras, le dan color á la situacion, necesitan de unos cuantos ilusos para *mexicanizar* el negocio, que no es otra cosa que una conquista.

—Está usted en Tebas, usted ha bebibo esas teorias en los órganos demagógicos y lo han alucinado; las conquistas son una monstruosidad en el siglo XIX, eso fué peculiar de los tiempos medios.

—Eso digo yo, señor de Fajardo, que habiendo pasado la época, hoy se tenga la demencia de emprender expediciones semejantes.

—¿Y qué me dice usted del filibusterismo? Pretenderá defender esa piratería que los yankees han elevado á la categoría de *derecho?*

—Es un error, señor de Fajardo, los Estados-Unidos en su amplia libertad, no se oponen á nada que sea ageno á los intereses de su nacion, ¿qué les importa que unos centenares de hombres salgan de sus puertos para una aventura? en el pecado llevan la penitencia.

—No estamos de acuerdo, esos yankees son el demonio.

—Como son *anglos y sajones* al mismo tiempo, esclamó doña Canuta; así como suben los piés sobre las mesas, los quieren poner en toda cuestion; son unos bárbaros, todos descienden en línea recta de Atila, son los vándalos del continente!

VII.

Mientras pasaba esta conversacion, que con corta diferencia era la misma en todos los círculos intervencionistas, la hija del señor Fajardo se habia refugiado en el precioso gabinete que ya conoce el lector.

La jóven tenia en sus manos un periódico en que se daba aviso de los avances del ejército frances, ponderando su pericia y valor, consagrando adulaciones rastreras á Napoleon, y terminando con una lista inmensa de heridos, muertos y prisioneros.

Luz, aquella desgraciada criatura, paseaba con inquietud sus miradas por la lista donde creía á cada momento encontrar el nombre del coronel Eduardo Fernandez.

Hacia un año que no habia recibido noticia alguna, al principio habia llorado desesperadamente, despues entró en esa calma sombría que se estiende como un velo fúnebre sobre la existencia; era la concentracion de una pesadúmbre mortal.

—Si habrá muerto ignorado, se preguntaba la jóven, en esa confusion de pensamientos que llegan á nuestro cerebro cuando nos agitan las sombras de la duda.

¡Pobre niña! separada del hombre de su amor en el abril de sus ilusiones, era una flor arrancada del tallo y que se marchitaba al soplo de esa aura tristísima del infortunio.

La ausencia, ese paréntesis abierto en el centro de la vida, ese período de agonía y de tribulacion, deja huellas de lágrimas en el tránsito de la existencia, en la peregrinacion del alma al campo infecundo de los desengaños.

Luz evocaba con sus dolores al porvenir!

Luz esperaba!.... la esperanza es el sueño de los que están despiertos! es la ilusion que pasa los linderos de la tumba para refugiarse en el cielo como su último horizonte!

Luz amaba por la primera vez.

Acaso habria tenido impresiones pasajeras como las nubes del verano, pero su alma no se habia abierto hasta entonces á la atmósfera purísima de un sueño de amor.

¡El primer amor!

Esa plática con los serafines, ese mundo de imágenes bellísimas que atraviesan el íris del corazon, envolviendo la existencia en el ámbar de las ilusiones y de las esperanzas!

Flores brotadas en el erial de la vida, para agostarse al soplo del tiempo ó á los huracanes del infortunio y del desengaño!

Luz buscaba como toda alma enamorada, la soledad, para dar vuelo á sus ideas, para derramar sus lágrimas y suspirar libremente.

Esa tarde estaba sola en su gabinete leyendo una á una todas las cartas que formaban su larga correspondencia, páginas de su amor desgraciado!

De un sobre sacó una fotografía que representaba al coronel Fernandez en trage de campaña.

—Así estará, dijo la jóven dando un suspiro, este trage llevaba la noche de nuestra separacion. me parece que le estoy viendo, nunca le ví mas conmovido, sus ojos se humedecian y su aliento abrasaba mi semblante; ¡qué recuerdos, Dios mio!

—No, continuó despues de unos instantes, no habrá podido escribir, la suerte de Estanislao Luna lo ha de haber retraido.... hace bien.... Los diarios vienen llenos de triunfos.... pero no, estoy loca, su muerte la hubieran pregonado; porque Eduardo es muy valiente, y ademas, un caudillo notable.... Yo sé que mis oraciones lo acompañan y que la Vírgen lo ampara; ¿no es verdad que tú oyes mis ruegos? yo tengo fé en tí, que nunca me has abandonado.... tú ves mis lágrimas, esa ofrenda que consagro diariamente por la vida del hombre á quien ama mi corazon!

La jóven se cubrió el rostro con las manos y comenzó á sollozar de una manera lastimosa junto á la imágen de la Vírgen.

Unos golpes dados á la puerta vidriera la sacaron de su arrobamiento religioso.

—Adelante, dijo con voz tranquila.

Una criada entró en el gabinete.

—Señorita, una carta para usted.

—Dámela, dijo precipitadamente la jóven, y rompiendo el sobre pasó sus miradas rápidamente por aquellas letras.

Su rostro se revistió de todas las señales pronunciadas de indignacion, levantóse y se dirigió á la sala donde se hallaba Enrique con el matrimonio Fajardo.

VIII.

—Vea usted, dijo á su padre temblando de emocion, vea usted el fruto de una ostentacion ridícula; yo declaro que si el señor Demuriez ó cualquier otro individuo se aloja en esta casa, yo saldré de ella inmediatamente.

—Pero qué pasa, hija mia? preguntó asustada doña Canuta.

—Lo he dicho ya, dijo Luz con dignidad, el dia en que un oficial frances pase los umbrales de esta casa, yo saldré de aquí para siempre; y abandonó el salon dejando perplejos á sus padres.

Enrique tomó el papel.

—Lea usted en voz alta, Enrique, lea usted por compasion.

El señor de Fajardo estaba confuso y cabizbajo.

Enrique, obedeciendo al mandato de doña Canuta, leyó con voz sonora la siguiente

LETRILLA.

Con acento de alfeñique
Y con andaluz jaleo,
Cuando el triunfo del manteo
Anunció el traidor repique,
Entró en casa don Fadrique
Aumentando la boruca,
Y le dijo á su hija Cuca
Moviendo alegre los piés:

Ya vino el güerito, me alegro infinito,
¡Ay hija! te pido por yerno un frances.

¿Ves, papá? miró el balcon,
¡Qué gorro! oficial decente:
¿Ves cómo se para enfrente?
Tal parece un Napoleon.
¡Cuál me late el corazon!
Ay! yo me inquieto, suspiro,
¡Ay papá! ya me retiro,
¡Qué hermoso sombrero al tres!

Ya vino el güerito, me alegro infinito,
¡Ay hija! saluda, saluda al frances.

Papá! el oficial de ayer....
¡Ay! y viene por acá;
—Recíbalo usted, papá....
—Hija, no te ha de comer.
La portavu ¡qué placer!
La mano—dále la mano:
¡Qué señor tan cortesano!
¡Qué bien estamos los tres!

Ya vino el güerito, me alegro infinito,
¡Ay hija! que gusto que vino el frances.

Tendré guardias de soldados
Con monteras encarnadas,
Me dirigirán miradas
Los próceres humillados:
En espléndidos estrados
Se ostentará mi visita,
Aunque complete Lazpita
Mi deficiente del mes.

Ya vino el güerito, me alegro infinito,
¡Ay hija! que gusto que vino el frances!

Ya el frances manda en la casa
Y le quitan los sombreros;

¡Cosas de los extrangeros!
Dicen, cuando se propasa.
Come el güerito sin tasa,
Y cuando piensan que yerra,
Esclaman: ¡si por su tierra
Son las cosas al reves!

Ya vino el güerito, me alegro infinito,
¡Ay hija! da gusto, da gusto al frances!

Quiso el frances un abrazo
Y la niña resistia,
El papá que la veia
No manifestó embarazo.
¿Cómo no estrechas un lazo
Con quien tiene su importancia?
¡Qué dirá la culta Francia!
Tres bien.... hijita, lo ves?

Te abraza el güerito, me alegro infinito,
¡Ay hija! contenta, contenta al frances!

Ya están como dos pichones
El galo y la mexicana;
Tal los halla la mañana,
Tal el toque de oraciones.
Dicen *oui* los marmitones,
Y el papá con sério empaque
Deletrea el *Telemaque*
Con vivísimo interes....

Ya vino el güerito, me alegro infinito,
¡Ay hija! te pido por yerno un frances!

Ya platica sin misterio
Papá las gracias de su hija;
Con Forey se regocija,
Idolatra al ministerio;

Y si de algun gatuperio
Habla la gente aturdida,
El dice: "No, por mi vida
Suegrecitos de entremes."

Ya vino el güerito, me alegro infinito,
Mi casa dichosa visita un frances.

—Basta! gritó doña Canuta, y todos quedaron en silencio.

IX.

Esta letrilla es de nuestro poeta insigne Guillermo Prieto: no se puede esprimir mas hiel en una sátira ni hacerla mas sangrienta.

Esa letrilla es un epigrama terrible, una *moxa* sobre esa sociedad que acogió con satisfaccion á los invasores.

¿Quién podia despues de haber leido esos versos, desechar el rubor ni desconocer el ridículo en que estaba una familia solo con la presencia de un alojado?

La letrilla envuelve un pensamiento patriótico, un correctivo que se hace sentir con fuego.

El ridículo en una pluma que sabe jugarlo, es una espada de cien filos, irresistible en su choque.

Prieto escribió en aquellos momentos de fiebre y despecho al ver la acogida, aunque fuera de órden suprema, que se le hacia al ejército frances.

Estas recepciones no son nuevas en el mundo: cuando los rusos entraron á Paris, las mujeres se les arrodillaban y una alfombra de flores era hollada por las herraduras de los caballos del ejército de la liga.

Hubo frances tan degradado, que al pasar Alejandro I por el Puente de Austerlitz en Paris, le preguntó si queria que se le borrase aquel nombre.

Alejandro respondió, que le bastaba con pasar sobre él.

X.

Doña Canuta, para romper aquella situacion verdaderamente penosa, gritó en un arranque de estudiada cólera:

—Nuestra hija tiene razon, yo soy imperialista pero nunca *afrancesada.*

—¿Y quién es el autor de ese folleto? preguntó el diplomático.

—Guillermo Prieto, respondió el jóven.

—¿Prieto? ¿Prieto? ya me lo esperaba, es un demagogo abominable, vea usted que apellido tan ordinario, que cosa tan *prieta.*

—El señor Demuriez no volverá mas, dijo en tono imperativo doña Canuta.

—Bien, respondió el diplomático, en todo caso le abandonaremos la casa; interrumpir bruscamente las relaciones con la Francia no me parece conveniente, este general Bazaine que ha sustituido á Forey, no es hombre que aguanta pulgas, y la Martinica no está muy distante de Veracruz, ni Veracruz de la capital.

XI.

Las campanas de la Catedral comenzaron á tocar á vuelo y una salva de artillería se dejó oir repentinamente.

—Canuta! gritó el diplomático, SS. MM. han desembarcado en Veracruz: ¡viva el emperador!

—¡Viva la emperatriz!

—Este hombre es un pobre diablo, dijo Enrique, y saludando al matrimonio Fajardo, corrió á tomar apuntes de lo que pasaba en las regiones oficiales.